

LISA E. DAVIS. Estadounidense. Profesora del Departamento de Idiomas Extranjeros del York College, Nueva York, E.E. U.U. Autora de numerosos trabajos —estudios, investigaciones, crítica— relativos a la literatura hispanoamericana.

**HISTORIA Y PORVENIR DEL
NEGRO CARIBEÑO EN COSTA
RICA EN LAS OBRAS
RECIENTES DE QUINCE DUNCAN**

LISA E. DAVIS

En su novela **La paz del pueblo**, publicada por Editorial Costa Rica (San José) en 1978, el escritor afro-costarricense Quince Duncan se sirve de una breve escena en un bar de clientela variada en Puerto Limón para definir el racismo al uso tico. Cuando una señora negra del pueblo defiende al joven Pedro Dull por su participación en la huelga bananera, le contestan:

—*Vos callate, chumeca (mujer de Jamaica), o te echamos del país. Que vaya a Jamaica a joder.*

—*No molestar al cliente —dijo el chino— aquí todos vienen a comprar en paz.*

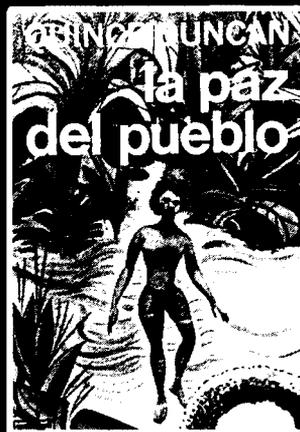
—*Vos te callás también chino hediondo. Yo no sé por qué hay tantos extranjeros aquí. Y vienen a meter ideas en la cabeza de la gente pacífica. ¡Por la gran puta!*

—*El negro y el chino se saben defender solos —dijo Pérez—*

pero los estás insultando y no quiero que tengan la impresión de que todos los ticos (costarricenses) somos así. De modo que te callás o te rajo el gaznate, pedazo de hijueputa (pp. 171-72).

Aquí, a la par que como en sus anteriores obras de ficción, Quince Duncan ofrece un buen recuento de las tensiones peculiares que distinguen a la provincia de Limón, en Costa Rica, una zona de la costa atlántica, cuya cultura es indiscutiblemente caribeña y, por tanto, distinta de la del interior centroamericano, con una población de un alto porcentaje de negros de origen caribeño y principalmente de Jamaica¹. En efecto, desde que empezó a escribir, en el año 1968, el propósito del autor ha sido dar a conocer la historia de esa zona del país, donde él mismo se crió, zona que se ha quedado por muchos años marginada de la vida nacional costarricense.

Por supuesto, las primeras publicaciones de Quince Duncan, prácticamente inasequibles hoy en día, son colecciones de cuentos: *El pozo y una carta* (1969), *Bronce* (1970), *Una canción en la madrugada* (1970), y dos novelas: *Hombres curtidos* (1971) y *Los cuatro espejos* (1973). Para el presente análisis, sin embargo, nos hemos limitado a sus obras más recientes, la mentada novela *La paz del pueblo* (1978) y una colección de cuentos, a nuestro juicio de alta calidad estética, *La rebelión Pocomía y otros relatos* (Editorial Costa Rica, 1976). Primero, porque posiblemente sean de más fácil acceso a un público lector más allá de las fronteras de Costa Rica, donde Quince Duncan goza ya de una reputación de escritor serio, talentoso y dedicado a su arte; y en segundo lugar, porque estas últimas obras señalan, a nuestro parecer, una nueva madurez estilística y un dominio más completo de las técnicas narrativas en general. Aquí, también nos referimos de vez en cuando a dos obras fundamentales de Duncan, que no se limitan a la literatura *per se*, sino que se extienden al campo político en un sentido amplio de examinar la presencia y el porvenir del negro caribeño en la vida nacional costarricense. Estas son: *El negro en Costa Rica* (Editorial Costa Rica, 1972), volumen realizado con la colaboración del historiador y catedrático costarricense Carlos Meléndez Chaverri, y *El negro en*



la literatura costarricense (Editorial Costa Rica, 1975), con un prólogo del conocido escritor Fabián Dobles, que introduce una selección de trozos literarios donde se trata la imagen siempre más favorable del negro como personaje en la literatura nacional.

En este sentido, Quince Duncan —descendiente él mismo de los primeros trabajadores jamaicanos que empezaban a llegar a la ciudad recién construida de Puerto Limón en 1872, escritor que subraya en todo momento su origen proletario, ya que ha sido agricultor en la adolescencia, ebanista después, vendedor y oficinista y, en los últimos años, ha ejercido varios oficios relacionados con su carrera de intelectual y autor²— recientemente se ha convertido en el portavoz de un elemento de la población cuya historia y cultura se conocen muy poco, tanto dentro de Costa Rica como fuera de la nación. Por otra parte, el mundo del negro caribeño, trasladado al suelo de Costa Rica, tal como se ve reflejado en la obra de Duncan, es también representativo de una realidad más extensa, precisamente de una zona lingüística y cultural que abarca toda la costa atlántica de Centroamérica. Como dice Duncan en la novela *La paz del pueblo*, “desde Kingston hasta Belice, desde Bluefields hasta Limón centro” (p. 24), y después Panamá, Bocas del Toro, Colón y la Zona del Canal. Se trata de los he-

rederos del negro caribeño que emigró a finales del siglo XIX y principios del XX desde las islas británicas en bancarrota —principalmente de Jamaica, pero también de Barbados, St. Kitts y otras— a las repúblicas de la América Central, una ola de emigración que alcanzó enormes proporciones en la primera década del siglo XX con la construcción del Canal de Panamá. Los trabajos prometidos por el enganchador variaban —la construcción del ferrocarril, el Canal, la industria bananera— junto con la destinación final de los trabajadores, pero éstos parecen haber dejado una continuidad cultural a lo largo de toda la costa atlántica de la América Central, que se refleja hoy en día en obras literarias escritas por latinos blancos y mestizos y por negros de descendencia caribeña.

Sirvan como ejemplo de cómo ha sobrevivido, a la vez que cambia y funciona en relación con la cultura dominante, este mundo caribeño y angloparlante, los cuentos polémicos del guatemalteco Alfonso Barrientos, *Cuentos de Belice*, publicados primero en 1961, en un tomo bilingüe con los relatos en español seguidos por una traducción completa al inglés, y que han tenido una segunda edición reciente (1978)³. Se pone de manifiesto el tono militante de esos cuentos, que por lo general denuncian el imperialismo británico en aquella región y a la vez de-

muestran una simpatía profundamente humana por los habitantes, negros caribeños en su mayor parte, a través de una carta que escribe Nathaniel Brown de Orange Walk a la Reina de la Gran Bretaña. En el cuento *Nat Brown*, el protagonista se queja de que:

Cuando nos tomaron prisioneros en la isla, antes de trasladarnos a Belice, nos prometieron algunas cosas que juzgamos superiores a las de Jamaica. . . Los descendientes de los jamaíquinos de que hablo no se han liberado, como sus padres tampoco, del trabajo forzoso, ni se les dio la gracia del palmo de tierra para ser enterrados, pues debe ser conocido de Su Majestad que al morir, sus cadáveres son arrojados al mar, si mueren en Belice, y al río, si en algunos de los otros distritos de este inmenso territorio (pp. 7-8).

Al sur, cuando nos acercamos a la costa atlántica de Nicaragua, una zona a la que se le ha dado prioridad en los proyectos de desarrollo nacional formulados por el Frente Sandinista triunfante, dos poetas negros, a nuestro juicio de gran valor —David Macfield y Carlos Rigby—, comparten una herencia en la región que tiene por capital a Bluefields, una región desde hace siglos pobre, en su gran mayoría angloparlante, de población

negra, y aislada del resto del país. Varias muestras de su poesía aparecen en el tomo *Poesía nicaragüense*, publicado por Casa de las Américas (La Habana, 1973), con un prólogo de Ernesto Cardenal⁴. No obstante, citamos aquí a otro poeta nicaragüense —Iván Uriarte— de la costa pacífica, o del interior del país, que en varias visitas a la zona de Bluefields pudo reconocer los problemas que encierra la diversidad lingüística y sicológica. A esos problemas da voz en su poema *Bluefields*:

En Bluefields los negros cre-
[cen
bajo los rótulos de hoteles y
[salones
curioseando en los alrededores
[res del China-Club
cantando baladas en el mue-
[lle
en un inglés despreocupado
encaramados sobre costales
[de frijoles.

Mr. Molly era un negro respe-
[table
dueño de una pequeña línea
[de lanchones
tomábamos jaiboles por la
[tarde
y me platicaba de lugares tan
[lejanos
como Hong-Kong, Manila,
[Java. . .
—But I'dont (sic) know the
[Segovias

concluía desconsolado. (Poesía nicaragüense, p. 490).

Sin embargo, el caso que sin duda ha sido más difícil de resolución respecto del destino del negro caribeño en Centroamérica, ha sido el de Panamá, país que acogió a miles de trabajadores emigrantes de las Antillas británicas —primero de Jamaica y luego de Barbados— para fabricar el ferrocarril interoceánico y más tarde el Canal. El sino de los que no quisieron volver a sus islas de origen, la gran mayoría, estuvo por varios años bajo discusión en las altas esferas del gobierno panameño. Sirvan como ejemplo las palabras del distinguido poeta panameño Demetrio Korsi, quien emplea al negro en otras ocasiones como motivo folclórico, ante todo en el conocido poema *Incidente de cumbia* (“Con queja de indio y grito de chombo, / dentro la cantina de Pancha Manchá. . .”). Conforme con los que defendían la identidad blanca, latina e hispanoparlante de Panamá, Korsi acude a las fuerzas que apoyaban el destierro de los negros caribeños residentes en la república. En 1926, Korsi escribe: “Envíemos a sus ínsulas a los sesenta o setenta mil antillanos que infestan nuestras ciudades de Panamá y Colón. . . Hay que dictar el edicto de lanzamiento contra tales muchedumbres parasitarias, a la manera que los moros fueron desalojados, en el siglo XV, de la Península Ibérica, por los españo-



les.”⁵ Por otra parte, si bien escritores panameños del renombre de Joaquín Beleño C. (n. 1922), autor de las novelas *Luna verde* (1951), *Gamboa Road Gang* (1960) y *Curundú* (1963), han tratado con simpatía a los negros caribeños, un estudio reciente de Roberto de la Guardia —*Los negros del Istmo de Panamá*— se empeña en ver a los negros panameños, los nietos de obreros que pusieron los rieles del ferrocarril y abrieron el Canal, como extraños y también extranjeros: “Hay un límite claro en esta presentación. Se trata de los negros del Istmo de Panamá, de manera que de este estudio quedan excluidos los negros de las Antillas, por ser de muy reciente llegada y por estar aún desintegrados.”⁶ Pero no hay que olvidar el papel dinámico que desempeña el negro caribeño dentro de la sociedad contemporánea panameña, ya que, como señala el ensayista y catedrático Nils Castro, en un análisis recién publicado, ellos han dejado una huella profunda en Colón y en la capital, mientras “todavía constituyen el principal componente de la clase obrera industrial, el que opera el canal interoceánico.”⁷

En efecto, Panamá ha hecho un papel singular en la historia del negro caribeño en la América Central; en el caso de Costa Rica, por ejemplo, el de un refugio durante los años que siguieron a la huelga trágica contra la United Fruit, que tuvo lugar en 1934, años que le

serven de fondo a la novela de Quince Duncan, *La paz del pueblo*. En esta obra un compañero le advierte al personaje que quiere irse de Puerto Limón para la capital, San José, que:

—*Mientras León Cortés⁸ sea presidente no te lo aconsejo. . . ¿No te has dado cuenta que todos los negros se están yendo a Panamá?*

—*Lógico, no hay trabajo. Si la Compañía se va al Pacífico, no hay trabajo.*

—*¿Y por qué no te vas al Pacífico? ¿Por qué no se van al Pacífico todos los negros? Allá van a sembrar banano, ¿no lo sabías? ¿Quieres que te diga por qué? Porque hay una ley que se los prohíbe. León Cortés acaba de despedir a todos los negros que estaban trabajando en el Ferrocarril al Pacífico. Sólo dejó uno, porque es amigo personal de su hermano. . . No te podés ir a San José negrito. Tenés sólo dos caminos: Panamá o quedarte aquí.*

—*Podría irme a Jamaica. . .*

—*No seas ridículo. (pp. 74-75).*

Y más tarde en la novela, a Pedro Dull, perseguido por sus actividades políticas y por el asesinato de su novia Sitaira, se le aconseja: “La huelga se acabó, Pedro: todo se fue a la mierda. Andate a Panamá” (p. 77).

Desde nuestra perspectiva, es esencial conocer algo de la historia del desarrollo económico de la provincia de Limón y de su población negra en relación con el resto de Costa Rica, para poder comprender a fondo las muchas referencias que hay a lo largo de la novela de semejantes fenómenos. Si la novela es, en un nivel, una historia de pasión que arrebató a Pedro Dull y a la hermosa Sitaira, productos los dos de los amores oficialmente prohibidos entre las dos razas —negra y blanca— en la isla de Jamaica, por otra parte, como obra de ficción intenta darnos un cuadro más bien completo de la vida del pueblo de la provincia de Limón —su pasado, su presente, al menos en los años treinta de este siglo, y su futuro incierto—. Las raíces económicas de su tragedia, soterradas en una historia de explotación y alienación, aparecen en la obra *El negro en Costa Rica*, donde nos cuenta los detalles el mismo Duncan. En breve, a finales del siglo XIX, se traen a los negros caribeños para fabricar la sección del ferrocarril interoceánico que iba desde Limón hacia San José, pasando por la selva tropical, de donde se habían hecho “retirar todos los peones del país por razones de salud” (*El negro en Costa Rica*, p. 62). Al mismo tiempo, desde la otra costa del país, los inmigrantes chinos recién llegados empezaron a fabricar la sección entre Puntarenas y San José. Terminado el ferrocarril, después de

numerosas crisis y un porcentaje espantoso de muertos entre los obreros negros⁹, uno de los ingenieros americanos, Minor C. Keith, que se hacía pasar por inglés entre los jamaicanos, fundó la compañía frutera que más adelante llegaría a ser, fundiéndose con otra compañía similar en Estados Unidos, la United Fruit Company¹⁰. De modo que desde su fundación, hasta los años treinta, la industria bananera sirve de base a la economía y la vida limonenses, y es prácticamente el único empleo que se le brinda al negro caribeño, que, en aquella época, no podía pasar legalmente más allá del pueblo de Turrialba, un pueblo del interior a igual distancia entre Limón y San José, y que no podía naturalizarse costarricense, a pesar de haber nacido muchos en la república centroamericana y de no tener más patria que Costa Rica¹¹. Ya para el segundo decenio del nuevo siglo, empiezan a ponerse de manifiesto los primeros signos de decadencia en los bananales, situación que empeora desastrosamente con las enfermedades del banano que llegan a Costa Rica desde Panamá. Luego, estalló la huelga del 34, huelga que constituyó para la United Fruit un reto inesperado, que supo enfrentar con todas las fuerzas a su disposición. Como dice Duncan, en tono irónico, hablando en *La paz del pueblo* de la huelga del 34: “La Compañía perdió millones en esa huelga. La Compañía que le ha dado tanto a

QUINCE DUNCAN

Costa Rica. Y lo peor es el mal ejemplo” (p. 89). A raíz de ese mal ejemplo dado por el negro costeño en su acción colectiva contra la United Fruit, la compañía trasladada en el 34 sus operaciones bananeras al Pacífico, creando así, en Golfito y en el territorio vecino, una nueva zona de intereses. Por otra parte, de acuerdo con su política racista de siempre, y como recompensa por la participación de los negros en la huelga, la United Fruit consigue del gobierno costarricense la promulgación de la ley de diciembre de 1934, se-

gún la cual “queda prohibido en la zona del Pacífico, ocupar gente de color en dichos trabajos de producción y explotación bananera.”¹²

Como sería de esperar, la huelga del 34 ha sido tema en la literatura costarricense en otras ocasiones, ante todo en las obras escritas por autores de la izquierda. La conocida novela de Carlos Luis Fallas (1911-66) *Mamita Yunái* (1941), re-creando la pronunciación de la “united”, de United Fruit, en español, empieza con el éxodo de negros hacia la frontera panameña, y nos explica que:

Esta finca ya se la van a entregar a la Yunái y está casi abandonada, pues todos los españoles se han ido pa'l Pacífico y hay muy poca gente de color; es lo mismo que está pasando en toda la zona. Casi todos los negritos que vienen en estos carros van pa'l otro lao, buscando pasarse pa Panamá. . . Los blancos tienen el chance del Pacífico, pero ¿nosotros? ¡No ves que hasta pa legalizar nuestra ciudadanía nos ponen dificultades! No hay trabajo, ni podemos cultivar la tierra, ni nos dejan ganarnos la vida en el Pacífico. . . ¿nos tenemos que morir de hambre, entonces? No somos cuatro, somos miles de negros costarricenses que tampoco podemos con-

vertirnos en saltiadores. Por eso es que tenemos que irnos pa Panamá ¹³

Asimismo, la novela *Puerto Limón* (1950), de Joaquín Gutiérrez, tiene como fondo la huelga, y, a la vez, nos ofrece retratos conmovedores de los negros de Limón, en particular del obrero ferroviario Tom Winkelman y de Azucena, "su única hermana: cuarenta años atrás habían llegado con su padre desde Jamaica a trabajar en el ferrocarril." ¹⁴ También, en el caso de Joaquín Gutiérrez, nacido él mismo en Puerto Limón, en 1918, nos vamos acercando a una presentación más íntima y más verídica de la población negra en una zona del país que el autor conocía mejor que muchos otros costarricenses. Si bien Fallas, en *Mamita Yunái*, con motivos intachables y humanitarios, pinta a los negros desde afuera como una colectividad que sufre: "Yo era el único blanco que viajaba en el carro, y como no entiendo inglés, no podía ni siquiera entretenerme orejeando lo que animadamente conversaba un grupo de negritas" (p. 21); Gutiérrez, al contrario, intenta penetrar en las vidas de Azucena y de Tom para recrear algo de sus aspiraciones y frustraciones personales, la alegría y el dolor de su vivir diario. Por ejemplo, cuando se sabe que Azucena tiene lepra y que no volverá nunca a su trabajo y a su familia, el autor reflexiona sobre el destino cruel que persi-

gue a los más inocentes en el mundo tropical de Puerto Limón:

Esta vez se trataba de una negra inocente como un niño, que se había esforzado toda su vida por ser una buena cocinera, por tener los pisos relucientes como espejos y por memorizar todos los himnos de la media docena de religiones que se practicaban en el Puerto para ir los domingos de misa en misa, de iglesita de madera en iglesita de madera, cantándolos. Esa era su alegría, su gran alegría, casi tan grande como la que sentía cuando le daban permiso y se iba a la casa de su hermano a remendarles la ropa a sus sobrinillos y a dejarle a Tom con timidez y con infinita delicadeza, debajo de la almohada, el sobre con su sueldo para que pudiera barajarse con sus chiquillos, tan dejados que estaban de la mano de Dios desde la muerte de Ruby (la esposa de Tom) (pp. 132-33).

Aunque Gutiérrez todavía describe a Tom y a Azucena a la luz de estereotipos demasiado bien conocidos y, a la vez, se siente la distancia real entre el autor y la cultura esencialmente extranjera que retrata, por otra parte, sí se le da a cada uno de estos personajes una personalidad definida, que se proyecta en diversas facetas de sus

vidas y en la dimensión trágica que presentimos siempre por debajo de los acontecimientos.

Pero las ficciones de Quince Duncan abren un nuevo camino, precisamente porque él habla con elocuencia y conocimiento desde dentro de ese mundo del negro caribeño transplantado al suelo costarricense y aún desintegrado de la vida nacional. Desde la perspectiva de uno que ve las cosas sin barreras lingüísticas, raciales y culturales, Duncan nos ofrece, como dijo una vez Joaquín Gutiérrez, “una visión insólita” con que “nos mira desde adentro por un resquicio por donde sólo los negros costarricenses podrán mirarnos.”¹⁵ Es cierto también, según nos explica Fabián Dobles, en su prólogo de *El negro en la literatura costarricense*, que escritores anteriores que adoptaron como tema a los negros de Limón pertenecían a la cultura hispanoparlante dominante, y las obras de ellos “son su reflexión en el espejo limonense en diversos momentos” (p. 8). Duncan, en cambio, “habla y siente dentro del espejo” (p. 8). Asimismo, desde el punto de vista de la minoría negra en Costa Rica, Duncan surge como una voz que antes no había, ya que la imposibilitaban la miseria y el aislamiento de la provincia, junto con el problema de la lengua española a lo largo de la costa atlántica, donde hace muy poco el inglés era el idioma predilecto de los negros caribeños,

por el prestigio que se le atribuía a la cultura británica, y por el miedo al rechazo, o tal vez a la aculturación, por la mayoría latina del país¹⁶. Por supuesto, dentro de ese ambiente, un escritor profesional de los méritos que ha demostrado Quince Duncan, y sobre todo en prosa castellana, sigue siendo un prodigio. En este sentido, nos advierte el mismo autor, que cuando salió, en julio de 1969, su primer libro de relatos, *El pozo y una carta*, él se trasladó a Limón a venderlo personalmente. Confirma, con ironía típica, que “la gente con que hablaba me decía que era una maravilla que un negro escribiera.”¹⁷

Es evidente que Duncan ocupa dentro del panorama literario costarricense una posición singular, ya que el destino de su pueblo es el tema dominante de su obra, aunque también escribe con la misma expresividad sobre otras experiencias. En gran medida su misión parece ser la de contribuir “efectivamente a la integración social, económica, política y cultural del negro limonense, en punto a la igualdad”¹⁸; y sus últimas obras señalan un avance hacia ese valioso ideal. Si bien en sus tempranas obras pintaba un cuadro realista de las duras luchas históricas del negro contra barreras económicas y sociales, y a favor del orgullo y la identidad, por otra parte, sus ficciones más recientes ponen de



manifiesto una visión más clara y más madura de esos problemas.

Tanto en la novela **La paz del pueblo** como en los cuentos **La rebelión Pocomía y otros relatos**, Duncan intenta indagar en la historia espiritual y mítica de su pueblo a través de una serie de triunfos y fracasos, recordando a la Madre Africa y su magia, el paso triste al Nuevo Mundo, la agonía de la esclavitud, y el mundo de instituciones corrompidas y la hipocresía que compartían blancos y negros en la isla de Jamaica antes de la emigración a la América Central. En todo momento da voz a las raíces africanas de esta sociedad caribeña trasladada a la costa de Centroamérica, herencia que se manifiesta ante todo en los ritos religiosos de carácter antiguo y marginal. Junto con los dioses, las creencias y la visión del universo conservados a lo largo de los siglos de esclavitud, esos ritos reaparecen en la costa atlántica de Centroamérica como foco de afirmación, identificación y rebelión contra el nuevo opresor. Según quedó demostrado en el cuento *La rebelión Pocomía*, de la colección del mismo título, ha de ser la religión de los ancestros la fuerza que unifique a los negros —“los de Santa Lucía, los de St. Kitts, los jamaicanos” (p. 9)— en su levantamiento contra “un ferrocarril de sangre”, donde “la muerte cercena mil vidas en las primeras veinticinco millas” (p. 8). Bajo la tutela de Mamá Bull se repiten las

danzas de la secta “Pocomía” o “Pocomanía”, culto minoritario de famosos hechiceros con devotos tanto en Jamaica como en Limón: “Giran contra el reloj, gruñen su canto hermoso, tétrico, palabras que hacen temblar al más valiente de los jamaicanos. Pechos de hombre al desnudo, pechos de mujer al descubierto. Hábiles piernas masculinas y femeninas. Golpeteo de tambores con redobles caucásicos. Significantes africanos. Cadencias caribes. Humedad de sudor sobre los cuerpos que caen en estado cataléptico durante horas” (p. 10) ¹⁹. Estos ritos proceden al acompañamiento del himno protestante: “Viajemos unidos al Río Jordán/ donde suena gozosa angelical/ la palabra que mueve la gracia que se da/ viajemos unidos al Jordán” (p. 10). Aquí

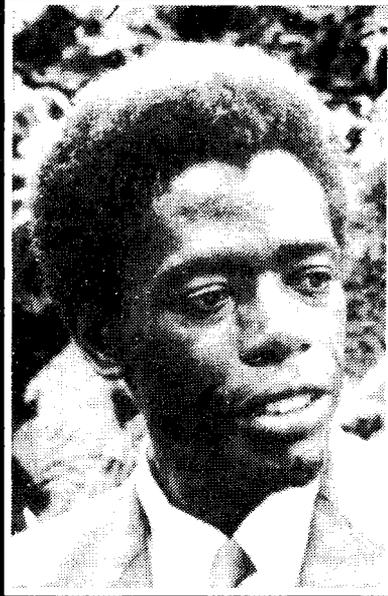
Duncan nos ofrece una clave a la mezcla que se había ido forjando en las islas británicas de religiones africanas, y en particular el concepto de *obeah* —o poder, y por extensión poder espiritual que se podía emplear para protegerse uno a sí mismo o para atacar a los enemigos— con el protestantismo de los dueños blancos ²⁰. Es la misma Mamá Bull quien lleva a Pedro Dull a participar en los ritos de posesión espiritista en **La paz del pueblo**:

Pero una inesperada ola de espasmos invadió el cuerpo de Pedro y comenzó a balan-

cearse igual que todos, sudando, sus ojos perdidos en el infinito, su mano agitándose en el viento, . . . y Pedro estaba jadeando incontrolablemente, entre frío y calor, la palidez del rostro de la señora Mariot lo atormentaba, y los ecos de Sitaira, y el brillo de la piel de Mamá Bull. Cuminá (Dios) se encarnó en él para bailar junto a la grey. . . Recuperado, el mismo Cuminá, tambores yorubas en la noche, misterios lejanos que emanaban del samamfo (lugar o estado en que se encuentran los muertos)” (p. 173) ²¹.

Mediante estos ritos, Pedro intenta ponerse bajo la protección de sus dioses, a la par que como los socios de Pocomía al levantarse contra el opresor, porque “la ley no la hicimos nosotros. . . ¡Nuestra ley se quedó en Africa!” ²²

Pues, si bien *La rebelión Pocomía* nos ofrece un buen recuento de la época cuando empezaba a fabricarse el ferrocarril, la historia *La leyenda de José Gordon*, de la misma colección, da forma literaria a un mito local que nace después, durante el apogeo de la Compañía Bananera, contra cuyos abusos el héroe encantado, de principios y dignidad, luchaba siempre. Acompañado, como otros héroes de la mitología y del folclore, de un calor sobrenatural,



de una extraordinaria fuerza física y de una sed intolerable, José Gordon exigía del enemigo ciertas condiciones:

. . . que los trabajadores corrientes, con su piel sudorosa y su crónico olor a banano verde vivieran en la zona (donde vivían los altos empleados de la Compañía), lo cual hubiera significado la 'Quiebra de la empresa' según explicó Mr. Brutt. Y también le hubiera causado la ruina, dijo, cumplir la alternativa que Gordon ofrecía: que los jefes viviesen como todo el mundo en chozas humildes y covachas, porque todos hubieran renunciado, y en ese caso, hubieran tenido que venir a dirigir los propios accionistas, y en ese caso mejor sacaban su dinero de Costa Rica, que al fin y al cabo hay muchos otros países dispuestos a recibirles (pp. 67-68).

También, según quedó demostrado en la leyenda, además de poseer una ideología revolucionaria, José Gordon era, en verdad, un hombre llamado por Dios, por lo visto el Dios cristiano, a defender los intereses de su pueblo y a rectificar los males realizados contra ellos en el pasado: "Estuvo muchos días con aquella calentura, viajando entre el espeso monte, y viviendo a despecho de los insectos, mordiéndolos frutas silvestres y

calmando su sed con el agua de los arroyuelos. El domingo regresó al pueblo y entró al templo. Los presentes contaron luego como su rostro brillaba como una estrella y sus palabras, dichas con detenimiento más allá de la comprensión racional" (p. 60).

Por otra parte, los mitos, leyendas y ritos religiosos de los ancestros no concuerdan con la tradición cristiana ortodoxa, tal como la plantea la Iglesia local —o sea bautista, o metodista o anglicana²³—. Esta, al contrario, se ha comprometido con las fuerzas de la reacción, sociales y económicas, hasta el punto de no poder satisfacer las necesidades del pueblo. Nos sirve para afirmar la alienación de la religión protestante tradicional de los intereses populares, el ejemplo de la señora Been Brown, de **La paz del pueblo**, "con su piel clarita, con dinero, aunque su marido sea tan negro" (p. 77), baluarte de la Iglesia local, cuyos miembros acusan a la señora Mariot, su hija Sitaira y Pedro Dull de practicar *obeah* y otras brujerías. En una ocasión habla la señora Brown contra los huelguistas y las fuerzas que los apoyan:

Anoche estuve oyendo una charla de esos que siguen a Garvey. Esos locos que pretenden que volvamos al Africa, a la barbarie, al paganismo. Estaban hablando de la huelga que tengo entendido,

afecta los intereses de un prominente miembro de esta Iglesia, y yo esperaba oír de parte de ellos alguna manifestación de solidaridad, alguna inclinación hacia la justicia. Yo me dije que aunque equivocados, tienen buenas intenciones. Pero no: todo lo que oí fue de grandes imperios africanos que sólo en la mente de ellos existen, y del derecho, que tienen los pueblos a resistir la opresión, y sobre todo, el derecho que tienen los negros a resistir la opresión por cualquier medio que consideren adecuado. Yo les pregunto: ¿eso es cristianismo? El espíritu responde por mí. . . ¡aleluya! (pp. 149-50)

Desde la óptica de la señora Brown, es comprensible la oposición a la causa de Garvey y también la de los huelguistas, ya que su marido se ha ido convirtiendo en terrateniente con los doscientos acres, “todos alquilados de la Compañía Bananera a precios simbólicos” (*La paz del pueblo*, p. 88). Es decir, el mismo señor Brown que ha llamado “comunista” tanto a Pedro Dull (p. 88) como al expresidente de la República (1932-36), Ricardo Jiménez Oreamuno (p. 156), por sus simpatías con la clase obrera. Asimismo, la congregación de la Iglesia recuerda ante todo que Pedro viene de afuera “con sus ideas cargadas de veneno, a manchar la paz (del

pueblo), a manchar el buen nombre de las personas, a predicar el odio y no el amor” (p. 149), pero no hay que olvidar que también es otro “de esos de Garvey que quieren un país nuevo” (p. 159).

En efecto, a lo largo de la novela hay muchas referencias a Marcus Garvey, el negro jamaicano de piel oscura, descendiente de cimarrones, fundador del Movimiento Universal para el Mejoramiento del Negro, quien estuvo varias veces en Limón, donde se le dio siempre una acogida entusiasta y un firme apoyo financiero para sus proyectos, empezando por el Black Star Line ²⁴. Sin duda el mensaje de Garvey, y su aportación al concepto de la fraternidad, no concordaban con el sistema de castas y jerarquías que sustentaba la señora Benn Brown, ya que ella insistió en que “todos nos conocemos, que somos negros, que no debemos estar negros contra negros, que cada cual sabe muy bien cuál es su lugar y debe mantenerse en él, y comportarse en todo momento como hijos de Dios” (p. 150).

En este sentido, lejos de ser una posibilidad próxima a realizarse, la solidaridad negra en ese ambiente parece ser un sueño ocioso debido a las divisiones de clase que predominan y hasta la discriminación entre los mismos negros con base en los matices de color. Sirva como ejemplo el fracaso de *La rebelión Pocomía*, cuando los jamai-

canos repudian a sus hermanos de raza y se entregan a los latinos —“un tal Capitán Castro, o Pérez, o López”²⁵—, para la persecución de la Hermandad Pocomía. Asimismo, Mamá Bull, antes de morir, denuncia en este cuento la falta de conciencia social que condena al negro caribeño a la nueva esclavitud en Centroamérica: “. . . maldijo a todos los jamaicanos de Limón. ‘Como cangrejos en barril serán siempre; . . . ninguno saldrá nunca porque el otro se lo impedirá’ ” (p. 12). Otro de los sublevados, Jean Paul de Santa Lucía, “murió una muerte sin memoria en la Isla La Uvita, acribillado a balazos. Dicen que fue ultimado por un negro” (p. 12).

Sin duda, al enfrentarnos con la ficción de Duncan, se destaca su tendencia no hacia el aislamiento racial sino hacia la comprensión e integración de la minoría negra a la vida nacional costarricense, pese a una larga historia de alienación y explotación. Pues, es obvio que si buena parte de la obra de Duncan se encamina hacia el conocimiento del pasado y de la herencia cultural del negro caribeño, sin excluir a figuras como Garvey, por otra parte, su causa no es la del separatismo sino la de la verdadera unificación nacional, con iguales derechos, respeto y oportunidad para todos sus ciudadanos. Así, por ejemplo, a la población latina de Limón se le pinta siempre en sus relaciones con los negros como

gente decente y comprensiva. De acuerdo con esa actitud, en las obras la solidaridad basada en la conciencia de clase y no en la raza es una nota común. En *La paz del pueblo*, Pedro Dull adopta la causa de los obreros contra el señor Brown, otro negro, porque a López, un latino que vivió una temporada con la mamá de Pedro y fue bueno con el muchacho, lo han echado del trabajo por tuberculoso. Brown se queja de “ese muchacho Pedro. . . entiendo que es pariente o amigo de López y se encargó de hablar con los trabajadores. . . envenenarlos contra mí. Quieren que yo le pague un médico a López. . .” (p. 155). En cambio, cuando a Pedro lo acusan de la muerte de Sitaira, en realidad víctima del hijo loco de los Brown, un muchacho a quien le dicen Cató, es otro latino, Pérez, quien defiende a Sitaira y a su familia: “Tonterías. . . habladurías de la gente. Yo conozco a esa negrita desde que llegué aquí. Dormí en casa de ellos mientras construí mi rancho y no me cobraron nada. La chiquilla se me pegó desde entonces, y el hermano también. Yo sé lo que te digo: esa mujer no se vende” (p. 170).

En el nivel popular, entonces, entre los miembros blancos y negros de la clase obrera, parece obvio que existe una zona de acuerdo que abre el camino a la armonía, ya que la explotación por autoridades extranjeras, como la

United Fruit, ha sido el destino común de todos. En este sentido, el mentado libro *El negro en Costa Rica* termina diciendo que, respecto de su población negra, se espera que Costa Rica no se quede con los brazos cruzados y pierda a Limón, sino que “puede incorporarlo, transformándose ella (Costa Rica) en el proceso” (p. 127).

En resumidas cuentas, Quince Duncan ha puesto en evidencia en varias ocasiones una conciencia de ser dual con una misión regeneradora y patriótica. Desde esta perspectiva hay que ver su obra de ficción y sus libros de tema histórico. En el epígrafe que antepone a uno de los últimos relatos incluidos en *La rebelión Pocomía —Los mitos ancestrales*, que es en reali-

dad una re-creación alegórica de las relaciones entre negros y blancos a través de toda la historia del colonialismo, que se resuelve con la solidaridad optimista de toda la gente de buena voluntad—, Duncan cita al indio A. Sivanandan, también formado culturalmente en las postrerías del imperialismo británico, diciendo: “Al margen de la cultura europea, el intelectual de color es un artefacto de la historia colonial. Es una criatura de dos mundos y de ninguno.”²⁶ Hacia la fusión de esos dos mundos se ha encaminado Quince Duncan, joven afro-costarricense de un extraordinario talento expresivo, cuya obra, a nuestro juicio, merece ser conocida por un público más amplio hispanoparlante.



1. Véase de Quince Duncan, **El negro en Costa Rica** (San José. Editorial Costa Rica. 1972), especialmente las págs. 74-77, para una serie de cifras sobre la población negra de Limón, cifras que a veces resultan inadecuadas por la tendencia de parte del gobierno costarricense de ver a los negros de la provincia como extranjeros, es decir, como súbditos británicos.
2. **El negro en Costa Rica** trae biografías de numerosos negros costarricenses, inclusive la de Duncan, p. 249.
3. Las dos ediciones son de Guatemala, Ed. de José de Pineda Ibarra, y las versiones en inglés se atribuyen a H. Reina Barrios.
4. Véase también el reciente tomo de **Poesía Atlántica** (Managua. Ministerio de Cultura. 1980), introducción de Lizandro Chávez Alfaro y selección de Julio Valle Castillo, que incluye poesías de los individuos mencionados aquí y de mucha otra gente.
5. Demetrio Korsi, ed. **Antología de Panamá** (Barcelona. Maucci, 1926). p. 8.
6. Premio de ensayo Ricardo Miró, 1976. **Lotería**. Núm. 250. Diciembre de 1976. p. 69.
7. *El Istmo entre los Caribes*. **Casa de las Américas**. Núm. 118. Enero-febrero de 1980. p. 83.
8. León Cortés Castro, 1882-1946; Presidente de la República de Costa Rica en 1936-40.
9. Como dice el historiador de la United Fruit, John H. Melville, en su libro **The Great White Fleet** (New York. Vantage Press. 1976), hablando de la construcción del ferrocarril en Costa Rica: "More than four thousand perished during the laying of the first twenty-five miles of track" (p. 259). Y, como decía un refrán de la época: "There's a dead man under each crosstie from the sea to the mountain" (p. 259).
10. **The Great White Fleet**. p. 259.
11. Para la política racista del gobierno costarricense, véase **El negro en Costa Rica**. pp. 205 y sigs.
12. Cit. en **El negro en Costa Rica**, p. 79. No hay que olvidar que esa política de discriminación legalizada no cambia hasta después de 1949, cuando suben al poder José Figueres y el Partido Liberación Nacional, que les da a los ne-

- gros la libertad para moverse dentro del país y les permite conseguir la ciudadanía sin los obstáculos y demoras de siempre. Para el papel de Figueres, véase **El negro en Costa Rica**, p. 146, y también de John Patrick Bell, **Crisis in Costa Rica. The Revolution of 1948** (Austin, University of Texas Press. 1971).
13. La Habana. Ediciones Huracán. Instituto Cubano del Libro. 1975. pp. 22-23.
 14. La Habana. Colección La Honda. Casa de las Américas. 1977. p. 153.
 15. Este comentario aparece en la contraportada de **La paz del pueblo**. De los pocos comentarios que hemos visto sobre la obra de Duncan, son de interés los de Richard L. Jackson en sus dos libros —**The Black Image in Latin American Literature** (Albuquerque. University of New Mexico Press. 1976) y **Black Writers in Latin America** (Albuquerque. University of New Mexico Press. 1978). En los dos se trata a Duncan en sus primeras obras, inclusive su última novela publicada antes de las obras que hemos analizado aquí, **Los cuatro espejos** (Editorial Costa Rica. 1973).
 16. Véase de Duncan la breve historia de la fundación en Limón de un sistema de escuelas aparte, con maestros traídos de Jamaica y con textos en inglés, en su **El negro en la literatura costarricense**. p. 13.
 17. Cit. en la contraportada de **El negro en Costa Rica**.
 18. **El negro en la literatura costarricense**. p. 27.
 19. Para la descripción de la Hermandad "Pocomía" o "Pocomanía", véase de Duncan, **El negro en Costa Rica**. pp. 104-06.
 20. Para la historia de otros cultos entre los esclavos de Jamaica, consúltese, de Horace Orlando Patterson, **The Sociology of Slavery** (Rutherford. N.J. Fairleigh Dickinson University Press. 1975) y de Albert J. Raboteau, **Slave Religion** (New York. Oxford University Press. 1978).
 21. En un apéndice a la novela **La paz del pueblo**, Duncan nos ofrece un glosario que explica palabras comunes en el mundo limonense que pudieran resultar incomprensibles para la persona que viene de afuera: "Chumico: deriva de Jamaica, de su pronunciación en inglés. Se aplica a ciudadanos de ese país y por exten-

- sión a todos los negros" (p. 191); "Dopí: aparición; espíritu de persona muerta" (p. 191); y la definición completa de "Samamfo: palabra de origen ashanti que significa lugar o estado en que se encuentran los muertos, o los espíritus de los antepasados" (p. 192).
22. **La paz del pueblo.** p. 174.
23. Véase de Duncan, **El negro en Costa Rica**, p. 104, para las varias sectas protestantes más comunes en Limón.
24. Consúltese de E. David Cronon, **Black Moses. The Story of Marcus Garvey** (Madison, Wis. University of Wisconsin Press. 1969) y de Carlos Meléndez Chaverri, el ensayo *El pensamiento de Marcus Garvey*, en **El negro en Costa Rica**. pp. 183-85.
25. **La rebelión Pocomía y otros relatos.** p. 11.
26. La cita original en inglés —"On the margin of European culture. . . the 'coloured' intellectual is an artifact of colonial history. . . He is a creature of two worlds, and of none."— aparece en la pág. 73, de **La rebelión Pocomía y otros relatos**; y la traducción al español que citamos aquí, en la contraportada del libro como una definición de la carrera literaria de Duncan. Es de notar que Duncan ha tratado ampliamente en otras obras los problemas más universales de la Costa Rica contemporánea. Por ejemplo, su última novela, **Final de calle** (San José. Editorial Costa Rica. 1979), es una reflexión sobre la guerra civil de 1948 y sus consecuencias, todo visto desde la perspectiva de una nueva generación.